

# ELLOS SÍ LO SABEN, Y LO HACEN: HACIENDO BUENOS AIRES O CRÓNICAS MEDIÁTICAS ALREDEDOR DEL PARQUE INDOAMERICANO

Gerardo Halpern (1)

PALABRAS: MEDIOS DE COMUNICACIÓN; IDEOLOGÍA; DESIGUALDAD; XENOFOBIA

## HACIENDO BUENOS AIRES<sup>2</sup>

En diciembre de 2010 se reubicaron ciertos lugares que estaban desviados en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Era necesario *Hacerlo*. Pues de eso se trata *Haciendo buenos aires*. Hacer buenos aires exige hacer buen aire. Y el buen aire de la ciudad lo hacen también los *buenos parques*. Los parques son pulmones, lugares de respiración y limpieza urbana. Limpieza de la suciedad (urbana y no tanto), de las trombosis de los excesos: excesos de desechos, de aglomeraciones –como dijo Ramos Mejía hace más de un siglo–, excesos de amenazas al buen vivir. Hacer buen aire implica identificar los desechos y las aglomeraciones; las sobras y la superpoblación; la población sobrante; la población desechable.

## HACIENDO IDENTIDADES

Los parques importan más allá de su sano e impoluto interés específico e inmediato. No se trata tanto de si los visitamos o no. No está en juego si los usamos o no. Lo que interesa es, por un lado, que los parques estén y cumplan su función. Y su función pulmonar es estar libres... ¿Libres de qué? De la basura, de la aglomeración, de los desechos (residuos, población, sobras). Por eso la basura, además de sobrante del consumo, es también una figura de lo *abyecto*. Quien constituye la abyección integra esa figura que condensa su cuerpo y su (imposible) membresía social. El “otro basura” es el “otro desecho”, el “otro sobrante”. Es el otro sin voz, sin espacio, sin derechos, sin historia. Es el otro constitutivo del “nosotros”.

El abyecto, además, es un objeto que, descontrolada su quietud, se vuelve inconmensurable. En su movilidad e inconmensurabilidad, huye del lugar (y la categoría) que le corresponde. Su movimiento (sagaz) lo hace huidizo, indómito. Es un objeto que, travestido en sujeto, desafía las reglas que lo gobiernan. Así, su transformación lo delata peligroso, lo denuncia capaz en su incapacidad. Su peligrosidad exige la estabilización del espacio social. Ésta es la puesta en orden de la división social. Su peligrosidad exige la geografía naturalista y demanda la biología social: volver a ubicar lo abyecto en su abyección es la necesidad de la eugenesia socioespacial fundacional de la épica nacional.

Por eso, en diciembre de 2010, se hizo mucho más que nombrar. Se re-estableció el orden. A los fines teóricos, se evidenció que clasificar es mucho más que un acto de palabra. A los fines prácticos, se evidenció el lugar de las fronteras identitarias, ciudadanas. Lo que interesa, por el otro lado, –y tiene que ver con el uso del lenguaje–

---

<sup>1</sup> Texto publicado en Revista *Temas de Antropología y Migración*, Nº 1, Junio 2011, Pág: 65–77, ISSN: 1853-354X

<sup>2</sup> Concepto identificador que ha servido como frase de comunicación pública de las acciones públicas llevadas a cabo por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires bajo la gestión que encabeza el Ing. Mauricio Macri desde 2007.

es el alcance del “visitamos” y del “usamos”. La primera persona del plural (el “nosotros”) es una conjugación traicionera. Su riesgo es la ambigüedad. Ambigüedad de que cualquiera crea ser parte de esa primera persona. Y eso, por definición, no es posible. Pero no solo por una lógica lingüística, sino más bien por una cuestión enunciativa, por un problema social<sup>3</sup>. La ambigüedad emerge cuando los límites (lingüísticos, jurídicos, sociales, etc.) se muestran porosos y el abyecto pone en cuestión su lugar y la significación del mismo. Allí la ambigüedad exige transformación o restitución. La primera será investida de ilegitimidad, la segunda de necesidad.

Por ende, la importancia de las definiciones (de espacios, de sujetos, de identidades) no supone una disquisición academicista del uso de la palabra, sino la implicación sociocultural de las formas de clasificación y su impacto y herencia de “lo social”. De ahí que la comunicación no sea un acto ingenuo ni un acto meramente lingüístico. Su claridad forma parte de las políticas públicas. Es decir, una política pública implica un nivel comunicacional que atraviesa la forma de esa política: definir, clasificar es un acto sustancial a la acción del poder. Es parte de su ejercicio. Intervenir en “El Indoamericano” significa, por fin, la construcción del “Indoamericano”, su territorialidad, su identificación, su abyección, su disrupción. En definitiva, construir “El Indoamericano” –como noticia (y como política)– supone producir simbólicamente a los actores, acciones, espacios y ambientes de esa noticia. Por eso la noticia de “El Indoamericano”, el discurso de Mauricio Macri y diciembre 2010 condensan mucho más que “El Indoamericano”. Y allí los medios de comunicación adquieren una particular relevancia. No única. Sí una relevancia mayúscula. Porque en una sociedad mediatizada, como dice Eliseo Verón, no hay discurso ni institución que sea pensable por fuera del relato institucional de los medios.

## HACIENDO ORQUESTA

Analizar “diciembre 2010” en la Ciudad de Buenos Aires no puede agotarse en las palabras del Jefe de Gobierno y sus funcionarios, sino que reclama abordar las producciones simbólicas y materiales que atravesaron las acaloradas, televisadas y recortadas jornadas del sur de la Ciudad en la llamada “toma del Indoamericano”. No solamente Macri dijo lo que dijo el 9 de diciembre (y que luego ratificó). No fue el

---

<sup>3</sup> Para ejemplificar por fuera (y por dentro) del “Diciembre Indoamericano” (nuevo epifenómeno de las mal llamadas “migraciones recientes”): supongamos la frase “sos parte”, frase que se desprende de “Vos sos bienvenido”, slogan de campaña electoral del PRO en la Ciudad de Buenos Aires en 2011. Existe un riesgo en la falta de claridad: la segunda persona del singular (tu/vos) –como del plural (vosotros/ustedes), al igual que la primera persona del plural– no es universal. El “sos” no abarca a todos los posibles “tu”. Es un “Tu” que comparte con el “Yo” algún código, alguna identidad que hace que ambos entiendan que “sos” delimita la frontera entre un “Tu” y un “no-tu” (que es el sustento del “nosotros”). Ese “no-tu” es el abyecto de la segunda persona. Es un “tu” por fuera del “Tu” y que, en ese caso, se constituye en “él” (afuera de “nosotros”), y también en un “tu no” (afuera de Tu). Este abyecto no es la tercera persona. Es, sobre todo, la no segunda persona. Es ese *peligroso cercano* que amenaza la frontera del “nosotros”. El “sos parte” no define solo que alguien “es parte”, sino más bien que alguien no lo es. No es un entramado relacional entre “Yo-Tu”, sino antes bien entre “Yo-Tu” y “no-vos”; es la frontera entre “nosotros” y “no vos” (que es más precisa que “los otros”). Finalmente, lo que también se desliza en el ejemplo planteado –sutil, casi imperceptiblemente– es que alguien (yo/nosotros) emerge como la voz legítima que designa quién/qué *forma parte*, quién/qué constituye el “Tu / Ustedes” y, por consiguiente, quién/qué el “tu / ustedes” o “tu no” como parte constitutiva de las identidades. Es allí donde y cuando emerge el reparador de fronteras.

único, ni mucho menos. Confluyeron en sus palabras imaginarios, noticias, editoriales, relatos y mitos que recorren la denominada “cuestión migratoria” en Argentina y, sobre todo, en Buenos Aires<sup>4</sup>.

Macri no fue solista en ese concierto sino, en todo caso, director de orquesta. Para ejecutar la obra, además del director, es necesaria la partitura y, por cierto... la orquesta. Esta última no es solo una caja de resonancia. Produce melodía. No solo acompaña: interpreta, ejecuta, produce. Mauricio Macri ejecutó junto con los productores del buen aire de Buenos Ayres (ese Buenos Aires con “y” que forjaron los que vinieron con una mano adelante y otra atrás). Esos de la épica que bajaron de los barcos y que –a fuerza de voluntad (y en sano equilibrio con el Estado)– armonizaron la amalgama igualitarista llamada “sociedad argentina”. Al fin y al cabo, los merecedores de la Ciudad son sus herederos. Que son, lógicamente, quienes merecen buen aire, es decir, buen parque: los ciudadanos, los consumidores, los legítimos miembros de la sociedad porteña (incluso aquellos que en otros momentos no son tan parte de “la sociedad”). Y que quede claro, la orquesta es no solo el bienudismo recoleto, sino también el pompéyico vecino. La orquesta no es solo la épica italiana; también es el suburbio “interno”. La orquesta es mucho más grande y difusa que lo que uno está dispuesto a creer. Es que la xenofobia es policlasista. Es democrática. Es integradora. No solo el poder tiene vocación de poner orden. Por ello no fue Macri el único que habló. Hablaron los medios. Hablaron los políticos (y hubo muchos que callaron). Hablaron “los vecinos” (categoría cómoda si las hay). Hablaron los que estudian. Hablaron los que no estudian. Hablaron los que podían hablar. Hablaron los que no querían hablar. Hablaron todos. Incluso los que no hablaron. Esa es una de las capacidades distintivas de los medios: construir un “Todos” en los que “la sociedad” se imagina, clasifica y piensa a sí misma. Ese todos que repone quién es parte y quién no. Quién es merecedor y quién no.

Allí radica buena parte de la ficción democrática de los medios: su capacidad de escamotear en el mismo acto de la mostración. Y lo que escamotean los medios es la complejidad, la desigualdad, los mecanismos de producción de la discursividad que naturaliza lo social. Los medios escamotean la producción de las condiciones de inteligibilidad de lo social de la que esos mismos medios son parte. Escamotean su recuperación higienista del centenario. Y lo hacen dialogando con sus propias construcciones noticiosas de la década del '90, con su extranjerización de ciertos migrantes y con sus agendas xenofóbicas ante cada una de las crisis estructurales que atravesó el país del Primer Mundo.

A su vez, los medios construyen “El Indoamericano” como sincronización de lo que viven (y sobre todo, resuelven) Italia, España, Francia... Porque, si por un lado, Macri atrasa en relación con la normativa local (su desprecio por la actual Ley 25.871 así lo

---

<sup>4</sup> Dentro de esa cadena, una vez más, los medios de comunicación estuvieron allí para mostrártelo a vos (Tu), para decírtelo a vos (Tu), para que lo veas como si estuvieras allí, en tu parque, en ese parque que queda en... bueno, que está en nuestra ciudad, en una zona a la que no vas porque está invadida por los “no-tu”, esos que no son de buena calidad, los que no son de nuestra ciudad. Esos a los que la cámara señala con Tu dedo, a los que Tu dedo señala con nuestro foco: “quedáte en tu sillón que te vamos a contar qué pasa; porque estar en casa es bueno; porque somos la tele; porque los que están cerca de los hechos (que son noticia porque son novedad y son novedad porque los medios mostramos la novedad) nos van a decir qué está pasando. Con la transparencia de la cámara. Con la verdad de la imagen. La verdad, en vivo y en directo. Para nosotros”.

delata), por el otro, ahora se pone a tono con el Primer Mundo y sus leyes de extranjería. Pero los medios no quedan afuera de ese juego. Y no es que la discursividad mediática se inicie con “El Indoamericano”. No. Los inmigrantes regionales son un tópico recurrente y asistemático que ingresa (es ingresado) en las agendas mediáticas, principalmente, en sus páginas policiales. Es cierto que durante los '90 la visibilización de los migrantes regionales fue mayor a la actual. Pero el entramado mediático, su recurrente extranjerización o etnicización de inmigrantes ante situaciones que tienen a algún extranjero como protagonista, no mostró grandes cambios ni giros autocríticos que replantearan el papel xenófobo de los medios en el neoliberalismo local. A lo sumo, tras la crisis de 2001, los criminalizados inmigrantes fueron devueltos al lugar de donde se los había movido durante la hipervisibilización noventista. Pero, nuevamente, cuando fueron invocados, se lo hizo en la clave delictual que Caggiano<sup>5</sup> mostró hace pocos años.

Durante diciembre 2010, de manera condensada (y eso es lo que resultó más impactante: la forma y no tanto las palabras), los medios, al igual que Macri, regresaron a los '90 y a la extranjerización del actor, sustento para la deslegitimación del hecho social. Es esa condensación la que interpela a Macri, a los medios y, por cierto, al público que asiste al concierto de xenofobia con el que termina 2010<sup>6</sup>.

En lo que sigue me concentraré –de manera arbitraria y sin mayor rigurosidad que la de un seguimiento inicial como lector cotidiano– en el modo en que cierta prensa gráfica tematizó la “Toma del Indoamericano”, deteniéndome principalmente en algunos titulares de *Clarín* (y en menor medida de *La Nación*) durante la primera semana de “la toma”. Recorto temporalmente los inicios de “la noticia” puesto que constituyen los días inmediatos a los hechos producidos como noticiables y que operaron como delimitadores del campo discursivo en el cual los medios inscribieron los hechos relatados.

Si bien podemos sostener que los medios no nos dicen qué debemos pensar, ello no quita que su importancia radique en que forman parte de los sistemas clasificatorios con los que los hechos son recortados, noticiados, percibidos, interpretados. Por ende, no haré un análisis acerca de efectos o no de los medios (lejos estoy de pretender hacerlo), sino más bien un abordaje que posibilite pensar a los medios como parte de las instituciones productoras de discursividades y sentidos sociales que se articulan con otras instituciones (formales e informales) configurando lo que Van Dijk ha mostrado como “el discurso de las elites”<sup>7</sup>. En este caso, la orquestación de Macri contó con la institución mediática como uno de los intérpretes privilegiados del entramado xenófobo local.

## HACIENDO EL INDOAMERICANO

---

<sup>5</sup> Caggiano, S. (2005): *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación y procesos identitarios*. Buenos Aires, Prometeo.

<sup>6</sup> Por ello se debería recordar no solo a Macri, sino también el eco de sus palabras en las temerosas y amenazantes voces de las televisivas movilizaciones, protestas e improprios de los vecinos (y otros, por cierto, que ni saben dónde está el ¿Indoeuropeo? Ah... no, “el Indoamericano”). Bueno, el nombre es irrelevante.

<sup>7</sup> Van Dijk, T. (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona, Paidós.

La construcción de “El Indoamericano” en los medios no puede dejar de ser vista a la luz de, al menos, cuatro operaciones discursivas reiteradas en sus agendas y que no agotan las variadas formas de emplazamiento de los migrantes regionales en sus hojas y pantallas. Las cuatro a las que refiero son la tematización; la extranjerización de ciertos sujetos sociales; la deslegitimación de estos sujetos extranjerizados y su masificación. Estas operaciones suponen selección temática, formas clasificatorias, identificaciones y haces de remisiones convocadas en esas identificaciones. A su vez, la vinculación de esos identificados sujetos con la masividad y el descontrol suponen no solo un *cliché* sino también una operación de construcción de una alteridad radical que repone la frontera entre dos actores sociales: “ellos” y “nosotros”. La particularidad de esta alteridad es su lugar como amenaza, como disrupción, como abyección que, de no ser controlada, pone en riesgo la estabilidad del orden social.

Así, categorías del *sentido común* se vuelven motores analíticos que ocultan la carga de estigmas que las atraviesan y redundan en la retroalimentación y ratificación de esos estigmas. La noticiabilidad y los tropos la refuerzan se constituyen en verdades inobjetables y ascéticas a través de las cuales se relatan objetivamente los hechos que se presentan delante del cronista. Éste, por ende, deviene correa de transmisión entre hechos y lectores. Borradas las marcas ideológicas que permean los hechos, procede a relatarlos con el profesionalismo que la urgencia de las acciones exige. Las operaciones mencionadas, por fin, logran ser escamoteadas para constituirse en el acuerdo que imagina el “nosotros” de la “sociedad ciudadana mediática”.

La primera noticia de *Clarín* en relación con el Parque Indoamericano apareció el 7 de diciembre. Desde entonces hasta el día de escritura de este texto (6 de junio de 2011) se publicaron –según la versión digital del diario– 420 notas en las que hay alguna mención al Parque Indoamericano, categoría que como tal aparece en diario recién el 8 de diciembre. Nunca antes existió en *Clarín* la categoría “Indoamericano” como *etiqueta* ni como *centillo* de ingreso a una temática. Bajo dicha “etiqueta” aparecen, al día de hoy, 44 notas. A partir del 8 de diciembre “Indoamericano” en *Clarín* adquiere un significado particular. Ese significado difiere del que tenía antes, si es que lo tenía (veremos que sí).

“Indoamericano” no significa solo territorialización/ambientación (elementos centrales de la culturización y deslegitimación del conflicto social contemporánea en los medios), sino también un conjunto de reenvíos que des-historizan, desertizan, ocupan, marcan, estigmatizan dicho conflicto. De hecho, el conflicto en esta estética noticiosa, pasa a ser un marco de mezquindades de políticos antes que un escenario de lucha por acceso a derechos. Es el escenario del choque entre sujetos legítimos e ilegítimos antes que expresión de la conflictividad inherente a los procesos de ciudadanía contemporáneos. En definitiva, “El Indoamericano” es transformado en una tensión entre (buenos) vecinos y (peligrosos) usurpadores antes que la manifestación de las desigualdades y sus consecuentes reclamos. De hecho, el término “desigualdad” no aparece en ninguno de los 44 ni de los 420 titulares. Tampoco aparece –al menos en 2010–, un solo titular que combine las palabras “vivienda” y “reclamo”. Extraña ausencia si se pone en consideración que el término “vivienda” aparece el 8 de diciembre como una propuesta “del gobierno porteño”. Es más, tampoco aparece el acceso a la “vivienda” como un derecho. El término “derecho” aparece una sola vez, el 30 de diciembre, vinculado al “derecho a protestar” y en oposición al “uso público”. Nueva rareza, sobre todo si se considera que el derecho a protestar es ejercido en el uso público del espacio. El sintagma “derecho a la protesta” es convocado para ser ubicado

en oposición con el del uso del espacio. Evidentemente, el uso no supone ciertos derechos.

Si consideramos que quienes fueron identificados como “tomadores del Indoamericano” reclamaban por el *acceso a la vivienda* y, en consecuencia, por políticas que posibilitaran el *acceso a derechos*, llama la atención su ausencia absoluta en al menos un titular del diario. Es más, considerando que “los tomadores” afirmaban que no reclamaban que se les regalara nada sino que se generaran planes de vivienda bajo condiciones accesibles (para que quienes se ven imposibilitados de acceder a la vivienda puedan satisfacer esa constitucional necesidad), sorprende que no haya aparecido un solo titular que hiciera referencia a este señalamiento. Es más, ni siquiera aparecía la voz de quien era identificado en condición de “usurpador”. Pareciera que la voz del subalterno es una “no voz”. Es un sujeto mudo.

Pero, se nos podría acusar de hacer disquisiciones extremadamente rebuscadas, lo cual no estaría mal (ni la crítica ni nuestra intención). En aras de responder a esa posible acusación, nos interesa preguntar por qué en los titulares aparecen otros términos, mucho más difíciles de ser establecidos, como ser el origen nacional de las personas involucradas en la llamada “toma del Indoamericano”. Es decir, cómo se explica que los cronistas no hayan podido obtener un solo testimonio, una sola reivindicación, un solo reclamo que mereciera ser titular de alguna nota por parte de las personas que – aparentemente– les facilitaron sus documentos para que los cronistas pudieran verificar la ilegítima proveniencia y su inherente abyección.

Es que el 9 de diciembre aparecen en *Clarín* las notas que definen –concientemente o no– uno de los marcos en el que son “leídos” (identificados) los *sujetos* que están *ocupando* el Indoamericano: “La inmigración y el crecimiento en villas” y “Con mayoría de extranjeros, en una movida organizada”. Ambas notas resultan emblemáticas de la construcción de “El Indoamericano”, dado que son las primeras que vinculan –en simultáneo con el Jefe de Gobierno de la Ciudad– la relación entre una situación que aun no ha sido nombrada en los titulares (pero que se desprende que es grave, ilegítima y violenta) y el origen nacional de las personas que llevan adelante las (aún no explicitadas) acciones. De hecho, durante tres días, al menos en los titulares, no se les asigna acciones a estos sujetos que ya *sabemos que son extranjeros* (“inmigración descontrolada” dice Macri... “villeros” decían los medios semanas antes, tras haber hablado de “inmigrantes no deseados” –delincuentes, generadores de desocupación y enfermos– junto con Menem y otras tantas instituciones sociales). Las acciones de los tomadores se desprenden de la modelización del lenguaje y de la condición nacional de las personas: “desalojo” (que supone ocupación); “uso de balas” (que supone enfrentamientos); “no participación de la protesta” (que supone la existencia de una protesta); “Censo” (que supone la necesidad de una intervención estatal cuantificadora, clasificadora); etc.

La demanda de un “Censo” emerge como elemento clave a esta altura, puesto que refleja el requerimiento para que el Estado produzca “cantidad”, “población”, “clasificación” y “especificación”. Pero, lo que no se entiende es la utilidad del Censo. Dos preguntas (entre tantas) insoslayables: ¿cómo saben los medios, entonces, que se trata de extranjeros? y ¿cómo han logrado establecer su mayoría respecto de... suponemos... nacionales?

La extranjeridad de los sujetos ya se ha hecho cuerpo, noticia. Las manifestaciones callejero-televisivas así lo muestran. ¡Fuera de la Argentina! ¡Fuera de la Ciudad! Se grita ante las cámaras. Ya nada se discute acerca de la (¿qué era?... ah...) vivienda. ¡Fuera de *nuestro* parque! El problema es *el sujeto*. Se trata de la actualización de la máxima de los '90: *la invasión* (no tan) *silenciosa*. Por suerte están las cámaras, los periodistas y el Director de orquesta para protegernos de esta inmigración descontrolada. Del mismo modo que en las declaraciones de Macri, en las notas de *Clarín* entra en juego un conjunto de elementos que superan el dato noticioso y nos devuelve sobre sistemas clasificatorios y la efectividad de la discursividad que fue actualizada en el marco de "la toma del Indoamericano".

Titulaba *Clarín* el 9 de diciembre "Larreta se quejó de la ley de migración: 'Es muy permisiva'". Tras ello, se evidencia una clásica operación de la construcción de las noticias: fuente y periodista se disuelven en una figura borrada en la misma operación. Esa es la mentada objetividad. *Son extranjeros*. Es objetivo: se trata de extranjeros. Ya no es la definición de un actor: es un hecho (ya verán cómo el Censo lo muestra). Y, además, se trata de *extranjeros organizados*. Doble sagaz movimiento. El primero, *extranjeros tomando un predio*. El segundo, *extranjeros organizados*. Dos impensables. Dos movimientos imposibles en la relación con lo abyecto. ¡El abyecto se ha movido!

La relación entre abyección y acceso a derechos emerge como el absurdo que habilita una Ley que contradice el buen aire. Por eso se descarta la Ley. Como si fuera una simplificación de Agambem, se recurre a la ley para suspender la ley. La Ley de migraciones de la democracia, la resultante de años de trabajo por parte de organizaciones sociales, académicas, de defensa de los derechos humanos, de inmigrantes no existe. Por eso no se reconoce legitimidad ni legalidad en la acción. Se trata de un sujeto que no es actor social. Su abyección es la que sostiene la ausencia de su palabra. No habla. Viola. Es un "otro" que arremete (invadiendo) contra "nosotros". Su lugar legítimo es la invisible pasividad. Su irrupción en lo público, su accionar amenazante.

Días después, llama la atención que el censo se diluya apenas ha concluido. De los 13.000 registrados nada se dice (del método, menos). No se vuelve sobre la condición nacional. Ha dejado de ser significativa. Construida la extranjeridad del sujeto, ya no importa la condición nacional del mismo. Es lo que se ha dicho que es. Se trata de 13.000 ilegales (¿ocupantes ilegales?, ¿inmigrantes ilegales? ¿desechos ilegales? ¿sobrantes ilegales?). Eso son: *ilegales*.

Esta construcción -decíamos- no solo dialoga con la década del '90, sino también con esa forma asistemática de invocación a los migrantes como parte de las agendas periodísticas. De hecho, a lo largo de 2010 se publicaron diversas notas en *Clarín* y en *La Nación* que machacaban sobre el incremento poblacional en las villas de Buenos Aires y, dentro de ese proceso, la alta proporcionalidad de inmigrantes en su nueva composición. Lo llamativo de esas notas es que no hubo mención alguna acerca de las posibilidades o imposibilidades de acceso a la vivienda en Buenos Aires. Es más, pareciera que la villa es el lugar "elegido" por parte de su población. No hay causas. Hay devenir. No hay desigualdad. Hay opciones culturales. De hecho, no he registrado notas acerca de las formas de exclusión que pesan sobre amplios sectores de la población para su ingreso a una "vivienda digna". No. Al igual que ocurrió con "El Indoamericano" aparece una lectura casi obsesiva acerca de los sujetos que habitan las villas. Como si fuera una determinación cultural, las villas aparecen como actos

volitivos de quienes deciden vivir en condiciones precarias y que, además, activan mecanismos invasivos de espacios que no les corresponden.

Nuevamente, la ilegitimidad del sujeto es la clave. En el caso de *La Nación* esto queda evidenciado en un poco sutil titular del 10 de diciembre: “Un campamento donde el precio de la tierra se discute en guaraní”, acompañado por una volanta que dice “cientos de extranjeros se movilizaron desde el conurbano y lotearon el parque”. Si alguna duda queda acerca del origen poblacional –el guaraní es hablado, mal que le pese al diario, en la Argentina– su extranjerización es completada en la volanta. Las referencias a la extranjeridad, sumada a las menciones a la Ley de Migraciones en los medios completaron el mapa discursivo en el que “El Indoamericano” debía ser leído. Extranjeros intrusos. Ley demagógica. Ley ilegal. Si la ley refiere a un abyecto, el problema es la ley. La extranjerización de “El Indoamericano” sirvió como forma de ocultar el conflicto social que se puso en evidencia.

Si los medios jugaron –junto con Macri– la relación “Indoamericano” = “extranjeros”, no hubo uno solo que planteara, desde el marco normativo, cómo el Estado (nacional, local, poco importa) no garantizaba el cumplimiento de la Ley de Migraciones. Tal como ocurrió durante los '90, el problema era la población (abyecta) y no la desigualdad. La reivindicación del acceso a derechos, la migración como derecho humano, el Estado como garante de la protección de derechos no ingresó a las páginas de los diarios ni a las vidrieras televisivas.

¡La Argentina es un país de puertas abiertas! Pero eso no puede significar que sea a cualquier precio. ¿Que los inmigrantes pueden estar? ¡Por supuesto! Ahora bien, si “estar” significa acceder a derechos, es otro cantar. De ahí que la deslegitimación del sujeto haya sido central y haya sido uno de los recorridos de los medios. Porque reclamar vivienda en calidad de “argentinos” puede ser criticado, pero no puede ser desacreditado *in toto*. Pero, ¿siendo “inmigrantes”... y, encima, regionales? No, ¡de ningún modo! ¡Si ni siquiera hablan castellano! Las pantallas televisivas recorren el festín de comentarios xenófobos de “los vecinos” que se enfrentan a “los okupas”. La tele está ahí para mostrarnos. Acá, los vecinos. Allá, los okupas, en su doble sentido: okupas del Indoamericano; Okupas de la Argentina.

El periodismo televisivo y radial apura los testimonios de lo que no pueden decir desembozadamente. Sirven las indignaciones para canalizar nuestro buen juicio (que es nuestro buen parque). Algún periodista pierde su autocontrol y dice en la radio estar “de acuerdo con que en la Argentina hay una inmigración desenfrenada. Y me hago cargo de lo que digo: acá hay inmigración de baja calidad”. ¿A qué hace referencia la periodista? ¿A qué calidad? ¿Será que tras tanta manifestación xenófoba la han convencido? ¿Será que tanta identificación la ha liberado? ¿Será que por fin pone orden al desorden de la migración descontrolada? Pregunta: ¿qué tipo de cobertura de los hechos puede hacer un periodista que supone que su referente es alguien “de baja calidad”? ¿Cuáles son las condiciones de producción de la noticia?

Recién el 14 de diciembre (ocho días después de iniciada “la toma”) aparece un titular que establece una relación de la situación de “El Indoamericano” con “planes de vivienda” (nunca se dirá “derecho a”). Dos días antes, *Clarín* había dicho “Macri insiste en el desalojo, pero no habla de viviendas”, aunque la tónica de las políticas públicas aparece vinculada a la represión, la presencia o ausencia de policías, el cumplimiento o no de las órdenes de desalojo, los vaivenes de los jueces, la dimisión del Estado, las



disputas entre el gobierno de la Ciudad y el gobierno nacional. La criminalización de los reclamos, la extranjerización e inherente deslegitimación de los sujetos y el silenciamiento de sus palabras operan como formas de producción de la noticia, el análisis y la configuración de ciertos sentidos.

De manera anárquica, he pretendido mostrar cómo los medios no fueron ajenos al discurso xenófobo que se le asigna al Jefe de Gobiernos de la Ciudad. Tal como mostró el Dictamen 003-2011 elaborado por el INADI<sup>8</sup> y el informe realizado por el Observatorio de la Discriminación en Radio y Televisión<sup>9</sup>, los discursos visitados por los medios contribuyeron a la extranjerización del conflicto, su ilegalidad, su ilegitimidad y, con ellas, al silenciamiento del reclamo. Se repuso, una vez más, a un sujeto sin voz y sin historia. Se repuso al abyecto.

Permítaseme cerrar este texto con una nota de Clarín (autodefinido como “el Gran Diario Argentino”) del 9 de diciembre. Tras titular “Un enorme espacio verde destinado al abandono”, decía:

“El Parque Indoamericano es el segundo pulmón verde de la Ciudad, después del Parque Tres de Febrero, pero no se parece en nada a ese gran jardín en Palermo. Sus 130 hectáreas –delimitadas por las avenidas Escalada, Castaños, Lacarra y las vías del Ferrocarril Belgrano Sur, en un predio que comparten Villa Soldati y Lugano– nunca tuvieron tan buen destino. Durante 50 años esas tierras fueron un gigantesco basural que llegó a recibir hasta 500 contenedores de residuos por día. Y no fue lo único que padeció: con el tiempo, también se fueron apilando los proyectos fallidos. En 1977 iba a ser el nuevo zoológico porteño, años después un parque de diversiones, y luego un barrio para los habitantes del ex Albergue Warnes. Tuvo que esperar hasta 1995 para que lo convirtieran en un espacio verde para los vecinos: en diciembre de ese año, la gestión municipal lo inauguró con 4.500 nuevos árboles, pero aún con obras sin terminar. Es que para esa fecha, todavía faltaba rellenar terrenos, poner luces y terminar las calles internas. En 1999 inauguraron allí el Parque de los Héroes de Malvinas, un espacio que sí se concretó, a diferencia del mega plan que se lanzó en 2005, y que incluía un gran anfiteatro. Al final de eso tampoco se hizo nada. En 2007, las Madres de Plaza de Mayo ganaron una licitación para construir viviendas populares en el barrio Los Piletones de Villa Soldati, ubicado dentro de los terrenos del Indoamericano. Cerca de esas viviendas todavía hay suelo contaminado. El resto está abandonado, con el pasto seco o alto, y sin obras que busquen recuperarlo” (SIC).

No haré comentarios sobre la desazón de la cronista. Tampoco sobre su consideración acerca del abandono y la necesidad de “recuperarlo” (quizás, por qué no, la “toma” podría ser también eso... una recuperación). Solo remitiré a una nota del mismo diario, *Clarín*, pero del 10 de agosto de 2008. En la nota “Bolivianos residentes en Argentina realizaron un voto simbólico para reclamar su inclusión en las elecciones” se relataba la jornada electoral que los residentes bolivianos habían realizado como demanda por el derecho al voto en Bolivia desde el lugar de destino de la migración. Una demanda por ciudadanía. Un reclamo desde una voz que reclama ser considerada –en igualdad de condiciones– una voz. Uno de los lugares de votación había sido, precisamente, el Parque Indoamericano. No voy a extenderme acerca de los motivos que llevaron a que “nuestro parque” fuera un lugar emblemático de los bolivianos en la Ciudad

---

<sup>8</sup> El mismo se puede leer en [www.espaciodeestudiosmigratorios.org/.../29-dictamen-del-inadi](http://www.espaciodeestudiosmigratorios.org/.../29-dictamen-del-inadi). Última consulta realizada por el autor: 19 de junio de 2011.

<sup>9</sup> También disponible en [www.obserdiscriminacion.gov.ar/web/?p=790](http://www.obserdiscriminacion.gov.ar/web/?p=790). Última consulta realizada por el autor: 19 de junio de 2011.

Autónoma de Buenos Aires y que fuera elegido como central de esa jornada. Sería complicado reponer aquí la enorme cantidad de actividades que dicha colectividad – junto con otros “vecinos”– lleva a cabo allí como parte de su construcción como comunidad, como parte de la sociedad porteña y como parte de todos los hombres del mundo que quieren habitar el suelo argentino.

Reponer qué significa “Parque Indoamericano” supondría escribir un nuevo texto acerca de las formas en que se construyen lugares en la ciudad, lugares en el sentido cultural de la geografía (ver artículos en esta publicación). De todos modos, hubiera sido interesante (“importante” es el término, “imposible” su verosimilitud en el campo mediático) que la cronista recorriera los relatos que hacen que “El Indoamericano” para muchos no sea un espacio de basura, abyecto, contaminado y abandonado, sino un lugar en el que –a pesar de las formas de desigualdad y expulsión hegemónicas– se construyen relaciones sociales, identidades, solidaridades y disputas. Quizás hubiera podido encontrarse con las celebraciones que se realizan allí desde hace muchos años, las múltiples actividades que se desarrollan (no solo) en el marco de la “comunidad boliviana” en Buenos Aires (ver Vargas y Canelo, en este número).

Hubiera encontrado voces, polifonías. Hubiera encontrado historia, historias. Es más, hubiera encontrado que los abyectos (esos sin voz y sin historia) han sido también la resistencia contra la basura, el abandono y el silencio. Y que reclaman –no solo ellos, pero también ellos– por los mismos derechos que poseen los que recorren el Parque Tres de Febrero. Hubiera encontrado colores diferentes a los de su añorado Palermo, entre otras cosas, porque hubiera visto que los colores están desigualmente distribuidos en la Ciudad. Como las viviendas, que también están desigualmente distribuidas. Pero nada de eso (se le) ocurrió, ni para la cronista, ni para Macri, ni para los medios, ni para la orquesta que aplaudió a rabiarse el concierto xenófobo de 2010.

Porque en diciembre de 2010 se estaba *Haciendo Buenos Aires* y ese hacer lo hacen los legítimos, los épicos, los herederos de los de la mano adelante y la mano atrás. No los usurpadores. No los que reclaman. No los que tienen vedado el acceso a la vivienda. Ellos no son bienvenidos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CAGGIANO, S. (2005): LO QUE NO ENTRA EN EL CRISOL. INMIGRACIÓN BOLIVIANA, COMUNICACIÓN Y PROCESOS IDENTITARIOS. BUENOS AIRES, PROMETEO.
- VAN DIJK, T. (1997): RACISMO Y ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS MEDIOS. BARCELONA, PAIDÓS.